

Exposición de Manuel Marzal, profesor emérito del Departamento de Ciencias Sociales, en la ceremonia de entrega del doctorado honoris causa al doctor Miguel León-Portilla

Agradezco sinceramente mi designación para pronunciar el discurso de orden en este acto solemne en el que la Pontificia Universidad Católica del Perú, a propuesta de los Departamentos de Ciencias Sociales y de Humanidades, confiere el doctorado honoris causa al doctor Miguel León-Portilla, un conocido historiador, investigador y maestro universitario mexicano, que nos visita para participar en el Coloquio Internacional «Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica (1549-1773)» que comienza mañana. Mi gratitud por la designación tiene dos motivos.

El primero es la gran admiración que siento hacia la obra de León-Portilla, tanto por su amplitud como por su profundidad. En efecto, él ha escrito —a lo largo de casi medio siglo desde que en 1956 publicó su tesis doctoral sobre filosofía náhuatl— más de treinta o cuarenta libros (a estas alturas ya es difícil contarlos) e innumerables artículos científicos sobre diversos temas, y ha hecho una notable contribución a las distintas disciplinas que cultiva, que son la Filosofía, la Historia, la Lingüística, el indigenismo, la Antropología y las Ciencias Sociales en general. Además, su obra ha sido muy estudiada y debatida por muchos estudiosos e investigadores en libros y artículos, y especialmente por quienes fueron sus alumnos en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Seminario de Cultura Náhuatl. Una prueba de ello es el excelente libro *In ihiyo, in itlahtol, su aliento y su palabra. Homenaje a Miguel León-Portilla* (México 1997), en el que veintiséis especialistas mexicanos y extranjeros hacen un profundo análisis de los aspectos más resaltantes de dicha obra. Personalmente no he tenido la suerte de ser su alumno, lo que es explicable pues somos de la misma generación. Pero confieso que al leerlo, al escucharlo en los congresos y al dialogar con él sobre temas de interés común, he aprendido mucho y me ha inspirado más en mi trabajo porque, como suelo decir en mis clases, en temas de Antropología e Historia toda afirmación sobre México es una afirmación o, al menos, una pregunta sobre el Perú.

Y el segundo motivo es la vieja amistad que me une a Miguel. Esta se ha fortalecido en las dos últimas décadas con nuestra común participación en congresos y seminarios sobre temas de Historia y Antropología en ciudades de América y España. Recuerdo algunos nombres y fechas: Santander 1985, Sevilla 1987, New York 1988, Trujillo (España) 1988, de nuevo Trujillo 1992 y Olivenza 1994. Y sobre todo en la preparación, con otros tres colegas (el español Manuel Gutiérrez Estévez, padre de la idea, el estadounidense Gary H.

Gossen y el chicano Jorge Klor de Alva), de un ambicioso proyecto de investigación interdisciplinar, «De palabra y obra», sobre el encuentro de dos mundos, en el que han aparecido ya media docena de libros donde escriben un centenar de especialistas. El diseño del proyecto, que hicimos los cinco sobre todo en el convento de «La Coria» en Trujillo, nos obligó a tener interminables horas de convivencia y discusión sobre un tema que atraviesa la identidad colectiva del continente. Durante este tiempo descubrí en Miguel a un hombre dotado de mucha calidad humana, que lo sabía todo, que mantenía una postura inteligente y equilibrada en temas que dividen a muchos antropólogos e historiadores, y que tenía gran sentido del humor, indispensable para poder sobrevivir a partir de la tercera hora de reunión.

Así se fue desarrollando una gran amistad, que se revitalizó en mis periódicas visitas a México, en las que había siempre un reencuentro en su oficina de la UNAM o en su casa de Coyoacán. Sin embargo, yo ya había conocido antes a Miguel y quiero recordar dos fechas que no sé si él tiene presentes. La primera fue 1961. Yo iniciaba mis estudios de Teología en el Colegio Máximo de los jesuitas en la ciudad de México y quería aprovechar mis vacaciones y tiempos libres para conocer la rica experiencia indigenista mexicana. En seguida me hablaron del doctor León-Portilla, que había sucedido a Gamio como director del Instituto Indigenista Interamericano y que era un gran conocedor del tema, una persona muy cordial y un buen amigo de los jesuitas. Esto último lo ha confesado León-Portilla siempre y lo acaba de repetir en su bello discurso, al recibir el doctorado honoris causa en la Universidad Iberoamericana de México. Fui a verlo, me recibió amablemente, me informó sobre la labor del instituto y me dio amplias facilidades para consultar la excelente biblioteca de este. Ante tan buena acogida, me animé a dejarle, para su posible publicación en la revista *América Indígena*, un ensayo sobre «Filosofía del indigenismo», que era lo primero que escribía sobre un tema que sería importante en mi carrera académica. Miguel me pidió que regresara en un par de semanas para darme una respuesta. Yo regresé, con angustia de autor primerizo, y él me dijo que era «un artículo muy interesante, pero que no encajaba en la línea empírica y científica de la revista». Como ocurre a menudo en las negativas, la razón no me convenció, y Miguel me pareció mucho menos cordial que la primera vez. Ahora reconozco que en mi ensayo generalizaba excesivamente; agradezco la negativa, y la he repetido más de una vez con los estudiantes en sus tesis y con los jóvenes estudiosos que me traen artículos para su publicación.

La otra fecha es 1967. Yo estaba terminando de corregir mi tesis con Ángel Palerm en el pueblo de Tepetlaostoc, cuando un carro, al que acababa de cambiarme por simple cortesía, me arrojó a la pista —extraño destino que

sigue persiguiéndome incluso en sitios tan seguros como el campus de esta universidad— y estuve varios días en coma y varios meses en una clínica. En aquella situación difícil encontré el apoyo incondicional de Miguel, que era funcionario para quienes, como yo, tenían una beca de la OEA.

Tras esta larga introducción, presento una breve síntesis de la vida y trayectoria académica del doctor León-Portilla, para terminar analizando algunos de sus grandes aportes. Nace en la Ciudad de México en 1926, donde cursa sus primeros estudios que culmina en Guadalajara. Por entonces, ya siente inclinación tanto a la Historia —leyendo a los jesuitas Francisco Xavier Clavijero y Mariano Cuevas— como a la Antropología —influido por su tío Manuel Gamio, el primer mexicano doctorado con Boas en la Universidad de Columbia y padre de la Antropología mexicana moderna—. Hace la maestría en Filosofía en la Loyola University de Los Angeles, y en este periodo cayeron en sus manos las traducciones de poesía náhuatl del padre Ángel María Garibay que fueron para él —como lo confiesa— «una revelación». Al regresar a México, retomó el contacto con Gamio y por su consejo buscó la asesoría de Garibay en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para hacer la tesis doctoral. Este le puso como única condición que aprendiera náhuatl. Así comenzó una larga colaboración y una gran amistad —aunque algunos decían que Garibay, a quien conocí personalmente, era demasiado hosco para tener amigos—. Ambas han sido muy fecundas para nuestro conocimiento del mundo nahua.

En 1956, León-Portilla defiende y publica su tesis, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, que se convirtió enseguida en un libro clásico, y en 1957 se incorpora al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, que sigue siendo el centro de su trabajo intelectual, del que fue director durante doce años y del que es ahora investigador emérito. Allí crea con Garibay el Seminario de Cultura Náhuatl, que ha sido la plataforma más importante para la investigación y difusión de los estudios de esta alta cultura, a través de sus revistas y sus series monográficas. Para entonces León-Portilla ya trabajaba en el Instituto Indigenista Interamericano, como editor de *América Indígena*, y, a la muerte de Gamio en 1960, fue nombrado director del Instituto. Este hecho le permitió conocer, en sus viajes a los países americanos, la acción de sus gobiernos, por integrar los pueblos indígenas y reflexionar sobre el indigenismo y sobre el futuro del indio en un continente culturalmente mestizo. Este interés por el indio actual completa su conocimiento y admiración por el indio del pasado y le aleja del peligro de ciertos intelectuales que admiran mucho el pasado de un pueblo y parecen desentenderse de su futuro. León-Portilla, aunque es uno de los mayores concedores del pasado mexicano, siempre se ha

preocupado por los problemas actuales de su país, pronunciando la palabra oportuna y sabia, aunque sin descender a la lucha política.

Este notable conocimiento de León-Portilla sobre la historia y la sociedad mexicana, que se expresó en la publicación de innumerables libros, se tradujo en el reconocimiento de los organismos académicos más importantes de México. Por eso, fue nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Historia —de la que es su actual director—, de la Academia Mexicana de la Lengua en 1962 y de El Colegio Nacional en 1971. Por sus frecuentes salidas a universidades americanas, asiáticas y europeas para dar conferencias o como profesor visitante, se le ha otorgado el doctorado honoris causa en muchas universidades de Estados Unidos, de Europa y de América Latina, a las que se añade hoy con orgullo (para él y para nosotros) la Pontificia Universidad Católica del Perú. Para cerrar esta apretada biografía académica, recuerdo que entre 1984 y 1986 fue coordinador general de miembros de la comisión mexicana del V Centenario —para la que acuñó la atinada fórmula «Encuentro entre dos mundos», que fue aceptada por todos los países— y, en 1987, representante permanente de México ante la UNESCO.

Es imposible analizar todos los aportes de la obra de León-Portilla. Para hacerlo adecuadamente debería no pronunciar un discurso de orden sino organizar un seminario. Por eso, me limito a comentar tres aportes que son, en mi opinión, los más valiosos de su obra, aunque mi valoración se deba quizá a que son los que he estudiado más o los que más responden a mis propios intereses académicos. El primer aporte es su análisis del pensamiento prehispánico, tanto en la época de plena vigencia de la cultura náhuatl como durante la conquista. Tal análisis se recoge en sus dos obras más conocidas, al menos por su número de reediciones y traducciones: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* y *La visión de los vencidos*, pero el contenido de ellas ha sido una preocupación constante del autor y retomado en obras posteriores.

La primera, que fue publicada en 1956 por el Instituto Indigenista Interamericano, reeditada muchas veces y traducida al ruso, al inglés, al alemán y al francés, escandaliza por su mismo título. Suele decirse que solo los pueblos con escritura y que han alcanzado cierto nivel de desarrollo tienen una verdadera filosofía. Frente a esta postura, León-Portilla prueba la existencia histórica de un saber filosófico nahua entre los tlamatime y analiza —sobre la base de su propia y cuidadosa traducción de textos de los antiguos códices y de la tradición oral recogida por Sahagún y otros misioneros— la imagen del universo náhuatl, sus ideas metafísicas y teológicas, su pensamiento sobre el hombre y su cultura propia, en la que él incluye la educación, la ética, el derecho y la conciencia histórica. En su conclusión, León-Portilla distingue entre la

visión de los guerreros aztecas —que se orientó por los sacrificios sangrientos destinados a conservar la vida de *Tonatiuh* (el Sol) amenazado por el quinto cataclismo final— y la visión de los filósofos o *tlamatinime* que, bajo la sombra de *Quetzalcóalt*, encontraron sentido a su vida y respondieron al problema del conocimiento metafísico. Para León-Portilla, se trata de un especie de intuición salvadora. Hay un modo único de balbucir de tarde en tarde «lo verdadero» en la tierra. Este es el camino de la inspiración poética: «flor y canto». A base de metáforas, concebidas en lo más hondo del ser, o tal vez «provenientes del interior del cielo», con flores y cantos es como puede apuntarse de algún modo a la verdad (León-Portilla 1997: 319).

Con esa intuición, los *tlamatinime* fueron construyendo su concepción de Dios con la metáfora suprema de *Ometéolt*, el dios de la dualidad, su concepción del hombre «rostro y corazón», y su concepción de toda la realidad. Por eso, León-Portilla concluye: «Comprendemos ahora que siendo la belleza, lo divino, y esto a su vez lo verdadero, lo auténticamente enraizado, todo el pensamiento filosófico náhuatl giró alrededor de una concepción estética del universo y la vida. Conocer la verdad fue para los *tlamatinime* expresar con flores y cantos el sentido oculto de las cosas, tal como su propio corazón endiosado les permitía intuir» (*id.* 1997: 322).

La otra obra, *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, apareció en 1959 y se refería solo al mundo azteca. Es un libro de gran éxito editorial, pues ha tenido quince ediciones en México y otros países de lengua castellana, y ha sido traducido a quince lenguas. A propósito de este *boom* editorial, que se ha dado entre los novelistas latinoamericanos, pero nunca entre los antropólogos e historiadores, alguna vez Miguel, hablando de la crisis económica mexicana y de una devaluación monetaria que había rebajado drásticamente el sueldo de los docentes universitarios, me comentó: «Con mi sueldo actual no se puede vivir, pero me salvan los derechos de autor de mis libros»; es un consejo que debemos recibir de nuestro doctor honoris causa para animarnos a escribir y ojalá encontremos editores y traductores benévolo. En 1964 se publica *El reverso de la conquista*, que es una ampliación de *La visión de los vencidos* pues, junto a las relaciones aztecas, aparecen las mayas y las incas, las otras dos altas culturas americanas. El mérito de ambos libros radica no solo en ser un complemento de la historia tradicional escrita por los conquistadores y sus cronistas, sino también en que fomentó el compromiso social de los lectores —porque muchos de ellos se sentían estimulados a releer el mundo actual a la luz de lo ocurrido en la conquista— y, sobre todo, en que introdujo una nueva perspectiva en la manera de escribir la historia —partiendo del punto de vista del otro—, la misma que sería seguida por

otros antropólogos e historiadores. Así, yo creo que *La visión de los vencidos* de León-Portilla influyó en Nathan Wachtel, quien escribió en 1971 un libro con el mismo mismo título sobre la conquista incaica, y en Tzvetan Todorov, quien publicó en 1982 *La conquista de América, la cuestión del otro*.

El segundo aporte de León-Portilla es su concepción del indigenismo. No hay que olvidar que su primer centro de trabajo fue el Instituto Indigenista Interamericano, del que fue subdirector entre 1955 y 1960, y director entre 1961 y 1966. Dicho instituto había nacido a raíz del Primer Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro en 1940, cuando los gobiernos del continente tomaron conciencia de que los indios, a pesar de que las Constituciones del siglo XIX los habían hecho desaparecer legalmente para convertirlos en simples ciudadanos, seguían vivos y conservaban una cultura diferente, si bien tenían una situación de marginalidad en sus respectivos países. La labor del instituto era identificar a los indios señalando sus rasgos culturales propios, estudiar los mecanismos sociales, económicos —como el grave problema de la tierra— y políticos más adecuados para integrarlos en su país, asesorar a los institutos indigenistas nacionales en los programas de integración y preparar personal para dichos programas. La integración debía permitir a los indios alcanzar el mismo nivel de vida que los demás ciudadanos, pero sin renunciar a su propia cultura. En el indigenismo de León-Portilla quiero subrayar dos puntos que pueden parecer contradictorios. Por una parte, él está convencido de los valores, la coherencia, la originalidad y cierta persistencia de muchas culturas indígenas y, por eso, juzga que la dimensión indígena debe conservarse. Esta creencia queda clara en su estudio introductorio de *Huehuetlahtolli. Testimonios de la antigua palabra* (1991) —que transcribe y traduce Librado Silva Galeana, un miembro náhuatl de su Seminario de Cultura Náhuatl—, libro que para ponerlo al alcance de maestros y alumnos mexicanos tuvo una primera edición de 615 mil ejemplares. Por otra parte, León-Portilla cree que la herencia hispana producto de la conquista es parte del rostro mestizo de México. En *La visión de los vencidos* dice textualmente:

En la historia de México, la Conquista marca el momento en que se enfrentaron pueblos muy diferentes entre sí. De ese encuentro, que para los vencidos fue trauma, se derivó el rostro mestizo que el país y su cultura adquirieron para siempre. La Conquista dejó así una huella no suprimible en lo que somos y en lo que con nosotros mismos llevamos. [...] Catarsis es valorar, más allá de filias y de fobias, las palabras de vencidos y vencedores. Querámoslo o no, en la doble herencia, indígena e hispánica, están las raíces más profundas de la realidad histórica de México. Solo en función del propio ser con cultura mestiza, y no de

algo hipotético e imaginativo, se torna significativo el presente y se abre la atalaya para avizorar los tiempos que están por venir. (*id.* 1959: V-VI)

Por eso, no quiso definir el V Centenario como etnocidio —a pesar de que se dio—, ni menos como «quinientos años de resistencia» —como lo proclamaron muchos integrantes y partidarios del movimiento indio—, sino más bien «encuentro de culturas», para subrayar el doble aporte y la complejidad del proceso cultural. La misma tesis se recoge en «Trauma cultural, mestizaje e indigenismo en Mesoamérica» —un capítulo de su libro *Culturas en peligro* (1976)—, y está en el trasfondo de su bella antología sobre disertaciones de miembros de El Colegio Nacional en su cincuentenario, *Raíces indígenas. Presencia hispánica* (1993). Como ocurre con todo intelectual, no es fácil explicar por qué León-Portilla piensa así. La ciencia social, a pesar de sus avances, tiene escasa capacidad explicativa de los hechos por la misma complejidad de estos. Pero me atrevo a formular una hipótesis, que espero sea bien interpretada. Es sabido que León-Portilla está casado con la doctora. Ascensión Hernández —*Chonita* para los amigos—, que está hoy entre nosotros. Ella es una notable especialista en Historiografía de la Lingüística y en Filología de las lenguas mesoamericanas, y habitual participante del Seminario de Cultura Náhuatl, pero nació en Villanueva de la Serena (Extremadura), no muy lejos del Medellín de Hernán Cortés. No sé si la herencia extremeña de *Chonita* o sus «flores y cantos» que, según los antiguos náhuatls, es como puede apuntarse de algún modo a la verdad, son una razón más del trasfondo mestizo del pensamiento indigenista de León-Portilla.

Y el tercer aporte de este son sus estudios sobre California, al punto que Aidé Grijalva, en un sugerente artículo del citado libro-homenaje a León-Portilla, llama a este «el último conquistador de las Californias» (*id.* 1997: 305). Confieso que es la parte de sus escritos que más he leído, al preparar mi obra *La utopía posible. Indios y jesuitas en la América colonial*. En efecto, al narrar la historia de las misiones de los jesuitas de la Nueva España, al seleccionar los textos para la antología y al analizar la misionología jesuita, sus éxitos y fracasos, encontré varias veces trabajos de León-Portilla. Me fueron muy útiles las dos ediciones de la inédita *Historia Natural y crónica de la antigua California* (1973) de Miguel del Barco con introducciones eruditas y críticas. Pero hay que añadir la *Cartografía y crónicas de la antigua California* (1989), obra en la que León-Portilla analiza las exploraciones al litoral de la península y los cambios que los geógrafos plasmaron en los mapas. En reconocimiento de estos trabajos, en 1995 la Universidad Autónoma de Baja California, al cumplir las dos décadas de creación de su Instituto de Investigaciones promo-

vido por León-Portilla, rindió un homenaje a este con un volumen que contenía muchos de sus trabajos: *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*.

Para no abusar de su paciencia, debo terminar aunque haya otros muchos aportes de la obra de León-Portilla que debería reseñar. Señor Rector y señores docentes de nuestra universidad, espero haberles convencido en mi tarea de explicar algunas de las razones que tuvo el Consejo Universitario para otorgar este doctorado honoris causa que a mí me parece muy justo. Solo me queda felicitar por anticipado a mi amigo Miguel. Muchas gracias.

REFERENCIAS

LEÓN-PORTILLA, Miguel

- 1956 *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. México D.F.: UNAM.
1959 *La visión de los vencidos*. México D.F.: UNAM.
1964 *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*. México D.F.: Joaquín Mortiz.
1976 *Culturas en peligro*. México D.F.: Alianza Editorial Mexicana.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, ed.

- 1973 *Historia Natural y crónica de la antigua California de Miguel del Barco*. México: UNAM.
1993 *Raíces indígenas. Presencia hispánica. Disertaciones de miembros de El Colegio Nacional reunidas con ocasión de su primer cincuentenario*. México D.F.: El Colegio Nacional.
1997 *In Iihiyo, In Itlahtol. Su aliento y su palabra. Homenaje a Miguel León-Portilla*. México D.F.: UNAM-El Colegio Nacional-Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LEÓN-PORTILLA, Miguel y Librado SILVA GALEANA

- 1991 *Huehuetlahtolli. Testimonios de la antigua palabra*. México D.F.: Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica.

MARZAL, Manuel

- 1992 *La utopía posible. Indios y jesuitas en la América colonial*. Lima: Fondo Editorial PUCP.